

llegar á la hora señalada. Viendo las puertas abiertas, pensaron que los insurrectos del interior eran dueños de la ciudad y entraron con la convicción de que no se iba á disparar un tiro. La tropa vacilaba; la compañía de granaderos, puesta á la vanguardia, contenía unos veinte soldados vueltos de la isla de Elba con el emperador el año antes, y que también se habían presentado de noche ante la misma puerta, marchando contra el mismo gobierno y profiriendo los mismos gritos que los insurrectos. Estos llegaban al puente levadizo, cuando se oyó dos veces la voz de fuego sin que la tropa contestase á aquella orden; por fin el capitán Friol cogió el fusil de un soldado é hizo fuego; varios granaderos tiraron después. Los campesinos formaban un grupo compacto; dos ó tres de ellos cayeron mortalmente heridos; los demás huyeron á la desbandada, perseguidos por la legión, al mando del coronel Vautré. A mitad de camino de Eybens encontraron á Didier que avanzaba á caballo y al frente de otra partida; procuró rehacerlos, pero á una segunda descarga de la legión ambas partidas se dispersaron en todas direcciones. En vano Didier, arrojando el fuego de la tropa y desplegando una energía y un valor extraordinarios, procuró reanimar á los fugitivos y conducirlos contra la legión; él mismo fué arrastrado por la derrota, y su caballo, mortalmente herido por una bala, no tardó en caer; desenredóse á duras penas de su montura, y protegido por la obscuridad se internó en el bosque de San Martín de Heres, próximo al sitio de aquel último encuentro. Al despuntar el día, la columna de Vautré llegó á Eybens. Un insurrecto, en traje de oficial de húsares, yacía muerto en la plaza; su caballo inclinaba tristemente la cabeza olfateando al jinete; aquel cadáver era el del capitán Jouannini, que aún tenía en la boca un papel que, en su agonía, no había tenido tiempo de tragarse enteramente. Aquel papel contenía una lista de nombres, al frente de los cuales figuraba el del comandante Ravix, preso el día anterior y puesto casi inmediatamente después en libertad. Ignorando aquella revelación póstuma, fué Ravix uno de los primeros que al día siguiente fueron á ofrecer sus servicios al general Donnadieu.

El coronel Vautré no permaneció más que algunas horas en Eybens, donde recibió la orden de ir á desarmar inmediatamente á los habitantes de Lamure.

Mientras tanto, el coronel Brun, al frente de la partida de Quaix, enterado de los sucesos de la puerta de Bonne, abandonó sigilosamente la Bastilla. Los soldados de la compañía departamental y los guardias nacionales encargados de atacar la vieja torre estaban emboscados lejos de sus ruinas, limitándose á disparar de vez en cuando algún tiro en aquella dirección. Hacía horas que los insurrectos habían abandonado la torre, cuando dos soldados, animados por el silencio, osaron escalar una ventana, no encontrando más que un tambor y algunas escudillas. Llamaron á sus compañeros, y aquella toma de posesión de un edificio abandonado fué transformada en un asalto terrible, que el gobierno recompensó con varias condecoraciones conferidas á los jefes de los dos destacamentos.

A las seis de la mañana del día 5, la insurrección, tan laboriosamente organizada por Didier en las proporciones de un vasto complot, había terminado en una simple escaramuza. De los tres ó cuatrocientos insurrec-

tos, que ni siquiera hicieron fuego contra la tropa, cayeron seis, muertos poco menos que á mansalva, mientras que no resultó ni una sola baja en la guarnición. Y, sin embargo, el general Donnadieu, en sus partes dirigidos al ministro de la Guerra y á los comandantes generales de los distritos limítrofes, decía que «los cadáveres de los enemigos del rey cubrían todos los caminos á una legua en redondo de Grenoble; que las tropas de Su Majestad se habían cubierto de gloria; que más de sesenta malvados habían caído ya en su poder y que el Tribunal prebostal iba á hacer de ellos pronta y severa justicia; que todas las autoridades civiles y militares habían cumplido con su deber, y que se calculaba que el número de bandidos que habían atacado á la ciudad ascendía á cuatro mil.»

Todas las demás autoridades imitaron á Donnadieu en dar formidables proporciones á la intentona, á fin de realzar el papel que habían desempeñado y mostrarse acreedores á recompensas. Pero nadie llevó la exageración á un grado tan superlativo como el coronel Vautré, quien refirió los hechos al jefe de la legión de las Bocas del Ródano en una carta que se imprimió en Marsella con la autorización del prefecto, y que era un monumento odioso de bárbara y cinica fanfarronería.

Vautré volvió de Lamure con dos ó tres carros cargados de armas y unos ciento treinta prisioneros, procedentes de diversos puntos de la comarca y presos, en su mayor parte, por simples sospechas ó por mero capricho de la oficialidad, interesada en abultar los hechos.

El Tribunal prebostal reunióse el día 7 bajo la presidencia de Planta, para juzgar á cuatro insurrectos: Buissón, Drevet, David y Naude. El preboste se mostró muy arrebatado en sus interrogatorios; aquella violencia irritó á Naude, hostelero de Eybens, anciano de carácter íntegro, que le increpó de esta manera: «¿Cómo podéis hablarnos de esa manera? ¿No sois acaso aquel Planta que tan á menudo vino á cantar la *Marsellesa* á la puerta de mi casa, al pie del árbol de la libertad, y á excitar á los jóvenes del pueblo á correr á la defensa de la República y del emperador? ¿No fuisteis vos la causa de que partieran mis hijos? Ninguno de ellos ha vuelto; yo podría acusaros de su muerte; sin embargo, no me quejo, porque yo no me he vuelto la casaca.» La sesión fué corta; Naude probó la imposibilidad material en que se hallaba de haber tomado parte en el movimiento, y el tribunal lo absolvió; los otros tres fueron condenados á muerte. Sin embargo, como existían numerosas presunciones en favor de la inocencia de David, los jueces acordaron aplazar su ejecución y pedir su indulto al rey. Buissón y Drevet, jóvenes valerosos y simpáticos, que habían confesado haberse adherido á la insurrección, fueron guillotínados al día siguiente.

Tan rápidas sentencias y ejecuciones constituían el régimen legal instituido por la Cámara de 1815; y aquella legalidad sangrienta iba todavía á ceder el paso á una arbitrariedad más terrible.

El día 6, tan pronto como el gobierno tuvo noticia de los sucesos de Grenoble, y creyendo ver en ellos los síntomas de una guerra civil que era preciso sofocar en su germen, mandó proclamar la ley marcial en el departamento de Isere, concediendo poderes discrecional-

les á las autoridades militares y civiles. Al mismo tiempo, el ministro de Policía envió una circular á los prefectos de los quince departamentos más próximos al declarado en estado de sitio, para que extremasen la vigilancia, reprimesen con el mayor rigor toda tentativa de insurrección y diesen instrucciones á la gendarmería para que no diese cuartel á los primeros rebeldes que se atreviesen á levantarse.

El día 8, Donnadieu publicó un bando que decía: «ARTÍCULO 1.º Los habitantes de la casa en que se encuentre el señor Didier serán entregados á un consejo de guerra para ser pasados por las armas.—ART. 2.º Al que entregue muerto ó vivo á dicho señor Didier, se le dará la cantidad de 3.000 francos como gratificación.» Por su parte, Montlivault prometía en otro bando una recompensa de 100 á 3.000 francos á todo el que entregase algún insurrecto ó cabecilla de la rebelión. Incitaciones y promesas odiosas, contrarias á toda moral humana, que fomentaban las pasiones más viles, provocando á la delación y al asesinato, y poniendo la sangre á precio.

El general y el prefecto de Grenoble, divididos por tantos antagonismos y rivalidades, se pusieron de acuerdo para publicar el día 9 otro bando manifestando que todo habitante en cuya casa se encontrara algún individuo que hubiese figurado en las partidas sediciosas, y le hubiera encubierto á sabiendas, sería entregado á un consejo de guerra y condenado á la pena de muerte, y su casa arrasada. También se amenazaba con el consejo de guerra y la destrucción de la casa á todo individuo en cuyo domicilio se encontrara alguna espada, pistola ó arma de caza. Contra las reglas más rudimentarias de la justicia, el general Donnadieu confirió la presidencia del consejo de guerra al coronel Vautré, que era á un mismo tiempo actor, testigo y juez de los hechos que iba á juzgar. Apenas reunido, el consejo mandó comparecer á su presencia treinta de los prisioneros capturados por el mismo Vautré. El interrogatorio de los acusados se limitó á un simple pase de lista; las declaraciones de los testigos no fueron más que reconocimientos de personalidad; la defensa de cada acusado, cohibida y hasta groseramente tratada por el presidente, no duró más que unos cuantos minutos. Después de las conclusiones del fiscal, el consejo se retiró á deliberar, y sin la intervención del subteniente Benoit, que hizo observar que seis de los acusados eran de la Tronche, donde no se había alzado un solo individuo en armas, y que habían sido presos en ocasión en que hablaban tranquilamente en la carretera, aquellos seis infelices hubieran sido envueltos en la sentencia común. Todos los jueces reconocieron su inocencia; sólo Vautré pidió que se les condenase á dos años de prisión, á causa del *mal esprit* que reinaba en su comarca. Sin embargo, el consejo les absolvió libremente. El mismo Benoit trató de salvar á otros cinco acusados, contra los cuales no aparecía tampoco prueba alguna de culpabilidad; y sus compañeros de tribunal parecían escucharlo con interés, cuando Vautré le interrumpió para insistir en la necesidad de condenarlos á muerte, declarando que, en todo caso, el consejo podía pedir su indulto. La consideración de que éste no sería negado, siendo solicitado por el consejo mismo, venció los escrúpulos de los jueces dispuestos á la absolución, y los cinco infeli-

ces fueron comprendidos en los 21 que el consejo condenó á muerte. Diez y seis de ellos habían de ser fusilados al día siguiente. En la mañana del 10, dos hijos de Grenoble, Alfonso Perrier, alcalde de Eybens, y Camilo Teissère, sorprendidos de ver en la lista de los sentenciados los nombres de Ussard y Bard, que sabían eran inocentes, reunieron á toda prisa los datos necesarios y fueron á presentar la prueba material de su inculpabilidad al general Donnadieu, que mandó al consejo de guerra que volviese á reunirse para pronunciar el sobreseimiento de la causa por lo que afectaba á aquellos dos inocentes, como así lo hizo.

A las cuatro y media de la tarde, las campanas de la iglesia de San Andrés empezaron á tocar á muerto; abriéronse las puertas de la cárcel, y de ésta salieron pausadamente, uno tras otro, catorce sentenciados. Les acompañaban otros tantos sacerdotes con un crucifijo en la mano. El cortejo, escoltado por un fuerte destacamento de gendarmería, atravesó parte de la ciudad y llegó á la esplanada de la puerta de Francia, donde los catorce infelices fueron fusilados. Dos días después, el gobierno negó el indulto pedido por el consejo de guerra á favor de los otros sentenciados y prometió veinte mil francos á los que entregasen á Didier. El día 15 se completó la hecatombe con el fusilamiento de otras seis víctimas, y á la mañana siguiente, el llamado David, aquel anciano cuyos hijos *no habían vuelto de la guerra*, subió al cadalso y murió sin que la noble entereza de su carácter hubiese decaído un solo instante.

El Gobierno creyó que el complot de Grenoble era mucho más grave y extenso de lo que fué en realidad; que el principal foco y los principales jefes y medios de acción se hallaban en París, y que el movimiento iba encaminado á substituir á Luis XVIII por el duque de Orleans en el trono. Creyó que el general conde de Thiard era uno de aquellos jefes y le mandó prender, y aunque éste probó que ni de nombre conocía á Didier y que de los sucesos de Grenoble no sabía más que lo que habían referido los periódicos, se le tuvo seis meses en la cárcel.

Mientras tanto, Didier, después de andar oculto de choza en choza durante unos quince días, después de pasar mil penalidades en su huida hacia la frontera de Saboya, cojo, abatido, extenuado, perseguido por la fuerza pública, delatado por la esposa de uno de los insurrectos, vendido por un labriego ávido de la recompensa ofrecida, fué preso por varios gendarmes en una granja ruinosa y conducido á Turín. El embajador de Francia pidió y obtuvo su extradición. Conducido á Grenoble, fué presentado á Donnadieu. Llevaba el traje destrozado; sus largas melenas blancas caían en desorden sobre los hombros, mezclándose con una barba inculta y entrecana; había mucha serenidad en su rostro y mucha dulzura en su mirada; parecía más cansado que abatido y que experimentaba más dolor físico que flaqueza moral. El día 8 de junio compareció ante el Tribunal prebostal, que al día siguiente le condenó á muerte. Lejos de regatear la vida, contestó con entera franqueza á las preguntas del presidente y del preboste sobre los sucesos de la puerta de Bonne; pero no acusó á nadie más que á sí mismo y no reveló el nombre de uno solo de sus cómplices. Interrogado sobre el objeto del complot, contestó que quería proclamar la *Indepen-*

dencia nacional y arrojar de Francia á los 150.000 hombres de las tropas aliadas que constituían el cuerpo de ocupación. Una particularidad del proceso extraño á los contemporáneos y contribuyó singularmente á tupir el velo que durante tanto tiempo cubrió aquellos sucesos: ni durante el debate ni en su defensa Didier pronunció una sola vez el nombre de Napoleón; en ninguna de sus contestaciones confesó que su empresa tuviese por objeto el restablecimiento de la familia imperial. «El nombre de que me servía era el de Napoleón II.» Esto fué todo cuanto dijo sobre tan delicado asunto. Su abogado, al final de una breve defensa, suplicó al tribunal que recomendase su cliente á la clemencia real. «He hecho mi sacrificio, dijo levantándose en seguida Didier, y mi familia sabrá hacer el suyo. Doy gracias á mi defensor por sus generosas palabras; pero suplico al tribunal que prescinda de ellas, porque yo no pido nada al rey.»

El día 10 de junio, por la mañana, la esposa de Didier, mujer animosa, de quien dijo su marido en la defensa que durante treinta años había sido el orgullo y la felicidad de su vida, rezaba, vestida de luto, al pie de la cama en que estaba sentado su esposo. A las diez y cuarto el carcelero la interrumpió para anunciar la visita del general Donnadieu. Tres veces, durante la causa, los jueces, de orden del ministro de Policía, habían dejado entrever á Didier la posibilidad de una conmutación de pena si hacía revelaciones. El general iba á tentar un último esfuerzo. «¿Qué queréis que os confiese?» le contestó Didier con mayor sinceridad de la que podía creer Donnadieu. Por fin, cediendo á las instancias de éste, y dominado quizá por la idea de ayudar al porvenir de su viuda y de sus cuatro hijos, dijo que «la única prueba de gratitud que al morir podía dar á Luis XVIII por los beneficios que de él había recibido, era aconsejarle que alejase en lo posible de su trono y de Francia al duque de Orleans y al ex primer ministro Talleyrand.» Momentos después, Didier marchó á pie al patíbulo, donde con un valor extraordinario tendió el cuello á la guillotina. Dos segundos después, el movimiento insurreccional del 5 de mayo contaba una víctima más.

Haciendo transmitir á Luis XVIII el consejo que acabamos de referir, Didier obraba quizá de buena fe. Los espíritus aventureros, con frecuencia, acaban á la larga por ser juguete de su propia imaginación y por adoptar como verdaderas las fábulas inventadas por ellos mismos. Obligado, para atraerse numerosos adeptos, á revestir durante meses con todas las apariencias de la realidad sus suposiciones y sueños políticos, Didier había concluido probablemente por tomarlas en serio. Talleyrand no era peligroso en su desgracia, y el duque de Orleans, padre de una familia numerosa y sin más fortuna que una herencia que disputar á numerosos acreedores, se ocupaba menos de política que de la administración personal de sus intereses particulares, y á cada momento solicitaba de Luis XVIII la autorización para volver á París. El rey le indemnizó. Cuatro meses después de los acontecimientos de Grenoble, á pesar de las cargas que abrumaban al Tesoro, y cuando la familia real cedía al Estado más de la tercera parte de la lista civil, se publicó una real orden en virtud de la cual se condonaba al duque de Orleans y á su madre

un tercio de sus contribuciones correspondientes al año 1815. El destierro no le fué levantado al duque hasta el mes de febrero de 1817, después de año y medio de ausencia.

Durante mucho tiempo se midió la importancia de la insurrección de Grenoble por el número de los suplicios y la extensión de las recompensas. Nadie osaba suponer que los jefes de una grande y generosa nación hubiesen ordenado el sacrificio de veinticinco víctimas, creado generales, distribuido títulos, honores, grados y condecoraciones en gran número, con motivo de una simple escaramuza disipada con cuatro tiros, y que hubiera fracasado sin lucha y sin ruido con sólo haber dejado cerradas las puertas de la ciudad. De vez en cuando se alzaban dudas acusadoras, pero éstas eran pronto sofocadas por las recriminaciones de los principales culpables, que, devolviéndose mutuamente la responsabilidad del crimen, abultaban la intentona en interés de su defensa, escudándose, en último término, detrás de no sabemos qué hechos misteriosos. La muchedumbre, tanto si escucha, como si cuenta ó escribe, no reflexiona jamás; repite lo que oye y se muestra tanto más crédula, cuanto mayores son la inverosimilitud y la obscuridad que rodean el error. Pero nada hay de maravilloso en los hechos humanos para el que quiere y sabe estudiarlos; sólo el corazón del hombre encierra misterios que es doloroso y triste sondar. Catorce años más tarde, los cambios intentados por Didier habían de realizarse por completo; el gobierno impuesto por la Europa victoriosa á Francia vencida, abandonado de todo el mundo, había de desaparecer por segunda vez á un nuevo soplo de la Revolución.

El 8 de mayo de 1816, día en que el *Monitor* publicaba el nombramiento de los nuevos ministros, el *Diario de los Debates* anunció, antes que ningún otro periódico, el movimiento insurreccional de Grenoble; y tres días después, el mismo *Monitor*, tomando esta vez la iniciativa, anunció el descubrimiento en París de una supuesta conspiración, sangrienta maquinación policíaca en que intervinieron también apasionados jueces y el verdugo.

En París, vasto teatro en que la magnitud y multiplicidad de los intereses, la rápida sucesión de los acontecimientos, la mezcla y contacto de los actores, elevaban las ideas de éstos imponiéndoles cierta tolerancia; en París, decimos, la reacción realista se mostraba menos violenta que en los departamentos, y sus excesos eran menos aparentes. Sin embargo, las leyes de venganza votadas por las Cámaras, las medidas de rigor ordenadas por los ministros, los procesos políticos cuya reseña llenaba diariamente las columnas de los periódicos, y las sentencias de muerte ya ejecutadas, tenían intranquilos é irritaban á una multitud de ciudadanos que habían intervenido en las luchas de la Revolución y en los asuntos del Imperio. Todos procuraban ocultarse á los ojos de la policía y de los delatores. Los más irritados pertenecían á la clase obrera. Sin embargo, éstos nada tenían que temer, pues su indigencia y obscuridad les ponía al abrigo de la persecución. Pero, absortos en el amargo recuerdo de las dos invasiones extranjeras, se preguntaban si Francia estaba condenada á permanecer todavía mucho tiempo bajo el yugo de un gobierno impuesto por el enemigo. El año anterior, la apari-

ción del antiguo jefe del Imperio al frente de novecientos soldados había bastado para poner en fuga á los Borbones con sus partidarios, y devolver á Francia su independencia y su energía. ¿No podía algún suceso imprevisto traer de nuevo iguales resultados? Y siendo así, ¿no convenía que los patriotas se contasen y se pusiesen de acuerdo para cualquier contingencia? Tales eran las cuestiones que agitaban, en febrero de 1816, á unos pobres artesanos, antiguos federados de los *Cien días*, que se reunían por las tardes, después del trabajo, en varias tabernas del Marais y del barrio de San Martín. Tres de ellos, Plaignier, zapatero, Carbonneau, memorialista, y Tollerón, cincelador, creyeron conseguir aquel objeto por medio de unas tarjetas que confeccionaron y distribuyeron en número de cinco ó seis mil en pocas semanas. Las tarjetas eran de pequeñas dimensiones y tenían por adorno un triángulo y por divisa las palabras *Unión, honor, patria*. Ofrecidas á todo el mundo, eran fácilmente aceptadas; unos las guardaban por curiosidad; otros como una señal de protesta contra el gobierno; muchos la consideraban como una especie de carta de seguridad en caso de levantamiento popular, y no faltaba quien la aceptase para entregarla á la autoridad, á fin de bienquistarse con ella. Gran número de polizontes destituidos como bonapartistas apelaban á benévolas delaciones como medio de ser repuestos. Uno de éstos, llamado Scheltein, que buscaba en las tabernas del centro de París la materia habitual de sus informes confidenciales, había hecho conocimiento con Plaignier, Carbonneau y Tollerón y obtenido algunos paquetes de tarjetas que se apresuró á llevar á la policía. Esta le encargó que no perdiese el asunto de vista. Las tarjetas en sí no tenían nada de sedicioso, y su distribución no podía constituir delito alguno sino con la condición de relacionarse con alguna intentona política. A fin de crear esa intentona, Scheltein se quejaba con frecuencia amargamente á Tollerón y á sus amigos de las dudas que, según él, manifestaban muchos patriotas acerca de la realidad y de los recursos de la asociación, é insistió enérgicamente sobre la necesidad de un manifiesto que diese á conocer el fin político de la sociedad y sus medios de acción. Cediendo á las instancias de Scheltein, Plaignier redactó la proclama y Carbonneau la escribió. Aquel documento, que no pasó entonces de manuscrito, empezaba así: «¡Franceses! Hemos llegado al término de la desdicha; amigos del pueblo de que formamos parte, hemos leído en el alma de nuestros hermanos. Nos hemos apresurado á tomar las medidas más prudentes y más seguras para la caída completa de los Borbones. Que los patriotas del interior se tranquilicen; nosotros velamos por el bien de todos.» Este principio era el pasaje más claro del manifiesto; lo demás se componía de vulgaridades tan tontas y de declamaciones tan oscuras, que no era fácil encontrar en él materia suficiente para una acusación formal. Además, después de este esfuerzo, Tollerón y sus dos amigos recayeron en la inacción. Cansado de ver la supuesta sociedad agitarse en el vacío y que el tiempo se pasaba en ridículas y vanas conversaciones, Scheltein resolvió apresurar el desenlace.

Los tres artesanos se reunían entonces con otros compañeros en el propio recinto del palacio de Justicia, en casa de los hermanos Oséré, memorialistas instala-

dos en el patio de la Santa-Capilla, y cuando su barracón resultaba pequeño para los tertulianos, éstos se trasladaban á casa de un tal Souchón, dueño de una taberna situada en el arco de Santa Ana, muy cerca del Palacio, casi enfrente de la puerta principal de la Prefectura de policía. En aquella taberna fué donde Scheltein realizó, el 25 de abril, la provocación meditada por él. Aquel día los tertulianos eran numerosos. De pronto, el falso patriota llegó y propuso el ataque de las Tullerías. Todos los circunstantes declararon semejante empresa llena de dificultades y peligros. Scheltein objetó que sabía un medio de realizarla sin cañones ni soldados, y enseñándoles un plano trazado á la pluma por un tal Dervin, ex capitán de caballería que se había hecho fondista y le daba hospedaje con el deseo de ingresar en el cuerpo de policía, señaló en el plano la traza de una alcantarilla que corría á lo largo de la fachada del palacio, por la parte del jardín, atravesaba la terraza inmediata al Sena y desembocaba en el río á poca distancia del puente Real. «No es difícil forzar el enmohecido candado de la reja que cierra la entrada de esa mina, dijo Scheltein; á merced de las tinieblas de una noche oscura, podemos introducir en una barca quince ó veinte barriles de pólvora que bastarán para volar las Tullerías con todos sus habitantes.» La mayor parte de los patriotas presentes encontraron absurdo aquel proyecto. Uno de ellos, llamado Gonneau, antiguo miembro de la Cámara de representantes de los *Cien días*, que la curiosidad había llevado por primera vez á aquella reunión, sospechó un lazo y no pudo contener una mirada de desprecio que lanzó á Scheltein. Este se le encaró y le dijo colérico: «Parece que me miráis; ¿es porque visto chaqueta?» Los separaron; calmóse la discusión y cada cual se fué á su casa, excepto Scheltein y cuatro ó cinco de sus auditores, que fueron separadamente á dar cuenta á la policía de lo que acababan de oír. El día siguiente los agentes de la autoridad prendieron á veinticinco individuos, que, después de dos meses de formación de causa, comparecieron ante la Audiencia de lo criminal.

Muchos de ellos eran acusados simplemente de haber aceptado tarjetas de las confeccionadas por Plaignier y sus dos compañeros, y explicaron su aceptación diciendo que estaban en la creencia de que podían servir de salvoconducto en un momento dado; otros, como Plaignier, Tollerón, Carbonneau y Dervin, lo eran de haber asistido, el 25 de abril, á la reunión de la taberna de Souchón, donde Scheltein propuso volar las Tullerías. El fondista Dervin, interrogado por el presidente del Tribunal, se defendió diciendo: «Es lástima que Scheltein no esté aquí; él podría decirnos que me incitó á hacer todo lo que se me reprocha. Fué preso conmigo en mi casa, y llevado al mismo tiempo que yo á la inspección de policía; nada dije que no dijera él, ni hice nada que él no hiciera; y sin embargo le pusieron en libertad. Si él es inocente, no debo yo estar aquí; si soy culpable, ¿por qué no se le acusa como á mí?—A Scheltein no se le ha acusado de nada, replica el presidente; no le conocemos más que como un personaje de que vos y los demás acusados habéis hablado.—Sin embargo, él fué el único que propuso meter pólvora en el subterráneo de las Tullerías.—Pero fuisteis vos quien trazó el plano del palacio.—Fué Scheltein. Yo le decía

que deseaba granjearme la confianza de Tollerón, á fin de saber los nombres de los jefes de la sociedad para darlos á la policía. El me contestó que era muy fácil obtener de Tollerón toda especie de confianza dándole alguna prueba de celo, llevándole, por ejemplo, un plano detallado de las Tullerías. Trazó ese plano, haciéndome escribir solamente los nombres de los patios y de las calles. Si estuviese aquí, no se atrevería á desmentirme; hacédle comparecer. Se le encontrará fácilmente, aunque ha cambiado de nombre; en la actualidad es inspector de calles y faroles con el nombre de Duval.»

Otros acusados pidieron también la comparición de Scheltein, que fué en el acto ordenada por el presidente. Dervín completó su declaración refiriendo lo ocurrido el 25 de abril en casa de Souchón, y añadió que la proposición de volar las Tullerías fué rechazada por todos los circunstantes. Los coacusados confirmaron aquella declaración. El presidente suspendió la audiencia; al reanudarse manifestó que hacía tres semanas que Scheltein había desaparecido de su domicilio, sin que se hubiese podido descubrir su paradero. Ahora bien, las denuncias de Scheltein á la policía fueron las únicas pruebas que pudo invocar la acusación fiscal en apoyo del supuesto complot tramado en la taberna de Souchón contra la vida del rey y de los príncipes de su familia, y ni un solo testigo se oyó que contradijera las afirmaciones de Dervín y demás acusados. Sin embargo, hubo doce jurados que no vacilaron en declarar á Plaignier, Carbonneau y Tollerón culpables de crimen de lesa majestad, y á los demás acusados, de los delitos de no-revelación de complot y distribución de un escrito que contenía provocaciones directas para el derribo del gobierno y de una señal de reunión no autorizada por la ley. El tribunal se mostró al nivel del jurado, y condenó á los tres primeros acusados al suplicio de los parricidas, y los demás á diversas penas que variaban entre cinco años de cárcel y la muerte

civil, y todos á la argolla, amén de las costas, que fueron enormes y cuyo pago dejó sin pan á las familias de muchos de los sentenciados. Tres semanas después, el 27 de julio, después de ser desestimado el recurso de alzada interpuesto por todos ellos, Plaignier, Carbonneau y Tollerón fueron conducidos al suplicio con una lúgubre solemnidad imitada de los autos de fe de la Inquisición.

Los reos salieron de la cárcel escoltados de numerosa guardia; el cortejo avanzó lentamente á través del gentío que abría la carrera; los pacientes iban descalzos, con una camisa blanca por encima del traje y un velo negro por la cabeza. Así anduvieron hasta la plaza de Grève. Al llegar al pie de la guillotina, se les hizo subir al patíbulo para que oyeran, de pie, con la cara cubierta, su sentencia de muerte, que un escribano leyó en alta voz al pueblo. Terminada la lectura, Plaignier y Carbonneau bajaron del cadalso; Tollerón, una vez solo, puso el brazo sobre un tajo y el verdugo de un sablazo le cortó el puño; momentos después caía su cabeza. La misma horrible escena se repitió sucesivamente con Carbonneau y Plaignier. Cuatro días después de aquel triple suplicio, todos los sentenciados á la argolla se hallaban expuestos en un cadalso, en la plaza del Palacio de Justicia.

Con harta frecuencia la historia guarda contemplaciones culpables con los autores de crímenes como los que acabamos de referir, truncando los hechos, atenuándolos ó pasándolos en silencio. Sin embargo, no hay nada tan cobarde y odioso como esas provocaciones de la policía que, á fin de satisfacer bajas pasiones ó viles intereses, tienden un lazo y conducen á la muerte á pobres visionarios políticos, á infelices insensatos. Y no hay estigma que marque bastantemente la ignominia de un gobierno que se hace cómplice de esas tramas infames, haciendo uso del poder de que es depositario, no para proteger y salvar á las víctimas, sino para degollarlas.

CAPÍTULO SEXTO

Procesos del almirante Durán de Linois y del coronel Boyer de Peireleau; sentencia de muerte de este último.—Procesos y sentencia de muerte de los generales Debelle y Travot. Comparición de los generales Drouot y Cambronne ante el consejo de guerra de París. Proceso y ejecución del general Chartrán. Sentencia del general Bonnaire; fusilamiento de su ayudante Miettón. Proceso y ejecución del general Moutón-Duvernet. Sentencias pronunciadas contra los generales Lefebvre-Desmouettes, Rigaud, Gilly, Gruyer, Radet, Drouet-d'Erlón, Lallemand el mayor, Lallemand el menor, Clausel, Brayer y Ameilh.—Matrimonio del duque de Berri. Promoción de mariscales de Francia; juramento que se les impone.—Sentencias y ejecuciones en Lude, Montpellier y Nimes.—El prefecto y los tribunales de Carcasona; proceso y ejecuciones.—Los jueces de 1815 y 1816.—El terror blanco.—Decazes se propone disolver la Cámara. Intervención de los señores Molé, Pasquier y Barante.—Ovaciones hechas á algunos diputados en el Mediodía.—Vacilaciones de Luis XVIII.—Carta del emperador de Rusia.—Real orden de 5 de septiembre.—Irritación del partido realista. Folleto y protesta del vizconde de Chateaubriand; su destitución.—Elecciones generales.—Apertura del parlamento. Discurso de la Corona.—Legislatura de 1816 á 1817.—Ley electoral de 5 de febrero.—Ley sobre la suspensión de la libertad individual. Prórroga de la suspensión de la libertad de imprenta.—Presupuestos; su aprobación en ambas Cámaras.—Estado político y moral de Francia.—Prisiones y condenas por una medalla. Sentencias de muerte y ejecuciones por causas políticas.—Carestía de víveres; trastornos en provincias.—Sentencias de muerte y ejecuciones en Sens y en Montargis. Amnistía.—Sucesos de Lyon.—Agentes provocadores y complots imaginarios.—Sublevación de nueve pueblos.—Quinientas detenciones. Ciento cincuenta y cinco acusados ante el tribunal prebostal.—Este pronuncia ciento veintidós sentencias condenatorias, y entre ellas veintiocho á la pena de muerte. Ejecuciones en Lyon y en seis pueblos de la comarca. Nuevos rumores de conspiración y nuevas prisiones. El terror en el departamento del Ródano.—Misión confiada á Marmont.—Reparaciones ordenadas por el gobierno.—Modificación ministerial.—Elecciones.—Los independientes.—Apertura de la Cámara.

El general Ney había cerrado la lista de los sentenciados militares de 1815; el contraalmirante conde Durán de Linois y el coronel barón Boyer de Peireleau abrieron la serie de los acusados, también militares, de 1816. Por haber ejercido diferentes mandos en la época imperial, fueron sucesivamente procesados el coronel Peireleau y los generales Debelle, Travot, Drouot y Cambronne. Los tres primeros fueron condenados á muerte, pero la pena capital fué conmutada en diez años de reclusión para Debelle y en veinte años para Travot, siendo absueltos los dos últimos. Desgraciadamente había llegado el momento en que aquella clemencia, que después de todo no era más que la incompleta reparación de inicuas sentencias, iba á faltar á los sentenciados. Quince días después de la absolución de Cambronne, el movimiento del 5 de mayo estalló en Grenoble, y, á partir de aquel suceso, corrió de nuevo la sangre de los generales sometidos á los consejos de guerra. La primera vertida fué la de Chatrán. Este general fué acusado «de haber aceptado y ejecutado, en marzo y abril de 1815, una misión que tenía por objeto destruir el gobierno del rey en el Mediodía de Francia.» siendo así que al restablecer Chatrán la autoridad imperial en Tolosa (3 de abril) hacía dos semanas que Napoleón reinaba y doce días que Luis XVIII, refugiado en Gante, no gobernaba un palmo de territorio francés. El general Chatrán se encontraba en el mismo caso que la inmensa mayoría de los militares y empleados civiles que desempeñaron sus cargos y empleos durante los *Cien días*; de nada se le podía acusar que no hubiese hecho la mayor parte de los hombres que formaban el tribunal encargado de juzgarle. El rencoroso capricho del duque de Feltré, ministro de la Guerra, hacía que entre militares que se encontraban en iguales condiciones, unos fuesen elegidos para víctimas y otros para jueces. Y estos últimos, por servilismo ó cobardía, se mostraban implacables. Condenado á muerte, Chatrán en vano solicitó el indulto; el 22 de mayo,

en presencia de todas las tropas de la guarnición, fué fusilado en la ciudadela de Lila.

El 5 de junio, el general Bonnaire, comandante de plaza en Condé durante los *Cien días*, y su ayudante el teniente Miettón comparecieron en París ante un consejo de guerra, que condenó al primero á la deportación y á la degradación de la Legión de honor, y al segundo á la pena capital, sentencia que fué seguida de ejecución.

Pocos días después, le llegó el turno al teniente general Moutón-Duvernet, comprendido en la lista de la real orden de 24 de julio de 1815. Después de haber permanecido cerca de un año oculto en casa de un realista de buenos sentimientos, alcalde de Montbrison, cansado de vivir en la inquietud, y temiendo á cada instante comprometer la fortuna y la libertad de su noble y generoso protector, el general se constituyó voluntariamente prisionero y compareció en Lyon ante un consejo de guerra que, en 19 de julio, le condenó á muerte. Su esposa solicitó el indulto, que Luis XVIII negó, á pesar de que, tolerante y justo, Moutón-Duvernet había prestado, durante sus épocas de mando, numerosos servicios á ciudadanos de todos los partidos, y á pesar de que los realistas habían encontrado siempre en él benevolencia y protección. El 29 de julio, esta nueva víctima fué conducida al suplicio.

Mientras tanto, otras sentencias de muerte habían sido pronunciadas contra los generales Lefebvre-Desmouettes, Rigaud, Gilly y Gruyer. Los tres primeros, juzgados en París, habían podido expatriarse. El general Gruyer fué sentenciado en Estrasburgo el 27 de mayo, mas le fué conmutada la pena por veinte años de reclusión. Al mismo tiempo, el consejo de guerra de Besanzón condenó á nueve años de cárcel al general Radet, ex gran preboste del ejército imperial. El 10 de agosto, el consejo de guerra de París reanudó el curso de sus sentencias de muerte, pronunciando las de los generales Drouet-d'Erlón, los hermanos Lallemand,